

ÚLTIMAS LECTURAS

[Publicado en la revista Gacetilla de la U.B.Ex. en 1994]

Muchos habrán sentido la misma emoción que yo: quizá, en algún caso, al contemplar los útiles de trabajo que manejaron las manos de su padre; o tal vez al hallar, sumidos en la más completa orfandad, aquellos objetos que alimentaron su pequeño vicio, la afición que acompañó el manso declive de su vida. Ese dolor agudo –casi físico– algunos lo habrán experimentado al entrar en un taller vacío, al guardar unos utensilios de fumador o al disponer el destino de los “avíos” de caza que yacían abandonados en cualquier rincón de la casa familiar. Esa amarga experiencia de la finitud la he vivido al contemplar los libros de mi padre, perdiéndose en la lenta penumbra de la tarde. Libros que poblaron con su presencia familiar la lejana memoria de mi infancia: que estaban ya ahí –con su color, su olor y su textura– en el escenario de aquellos primeros años, cuando no sabía aún descifrar el contenido de sus páginas. Mucho después, en el tiempo en que hube de cruzar esa mágica frontera en que los textos se abren como puertas misteriosas, para mostrarnos el mundo maravilloso de Carrol o las fantasías de Verne, pude entonces, de la mano de mi padre y maestro, comprender su verdadero valor y significado.

En las sendas infinitas de este universo inagotable me he reencontrado luego, una y mil veces, con el hombre que me enseñó a leer. Debo también esa extraña complicidad que crean los libros, hermosas tardes con él compartidas, en animada charla o en exploración minuciosa de polvorientas librerías de viejo. Los últimos días que pasé a su lado transcurrieron entre los pupitres de la Biblioteca Nacional y las casetas de la Cuesta de Claudio Moyano. Cuando era ya dolorosamente consciente del peligro que se cernía sobre él, hube de recordar más de una vez aquella anécdota que tantas veces le oí referir con un ligero tono de melancolía: “Cuentan de Menéndez Pelayo que, estando ya próximo el final de sus días, exclamó: ¡Qué pena morir cuando aún me faltan tantos libros por leer!”.

Esta tarde de verano incierto, he vuelto a la casa de mi padre para buscar entre sus libros esa tenue presencia que se resiste a abandonar los objetos que fueron muy queridos. Sobre su mesa de trabajo le aguardan aún, en espera solícita, sus últimas lecturas. Tomé al azar uno de sus libros: las poesías de Machado. Y entonces, a través de los versos de este poeta de común veneración, pude escuchar el eco inextinguible de su voz diciéndonos:

*Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras
pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.*

Comprendí así, que nadie se pierde en el abismo sin rostro de la muerte, si ha enseñado a su hijo a leer en los libros la huella perenne de sus enseñanzas.

FERNANDO TOMÁS PÉREZ GONZÁLEZ